

Luisa Juanatey

Qué pasó con la enseñanza.

Elogio del profesor

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.

Imagen de cubierta: Paul Klee, *Polyphon gefasstes weiss*, 1930

Maquetación: Daniel F. Patricio

© Luisa Juanatey, 2015.

© de esta edición, 2015, Editorial Pasos Perdidos S.L.

ISBN: 978-84-943434-0-7

Depósito legal: M-4593-2015

Impreso por Huna Soluciones Gráficas S.L.

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

Años de soledad

Años de soledad

Muchos años después, frente al pelotón de irresponsables infantiloides, el profesor que ya nunca esperaba un buen día había de recordar aquel tiempo remoto cuando al entrar a una clase de adolescentes era posible decir la primera gansada que le dictara el buen humor, dar un par de voces algo más destempladas para cuadrar a quien tuviera el día díscolo, esperar unos minutos a que libros y cuadernos acabaran de llegar a las mesas y, hecho esto, ponerse al trabajo durante un buen rato. Ya le interrumpirían cuando el rato pasara de bueno, no había cuidado.

—¿Cómo están ustedeeees?

—¡Bieeeeeen!

—Me alegro. Pues buenos días. Venga, seguimos con los romances. Hoy vamos a empezar leyendo el de Mudarra, que va de venganza. Os va a gustar, ya veréis. Es de esos que se pueden dibujar en viñetas como un tebeo. Tomás, no te dispares que aún estamos empezando la clase. Y tú, deja en paz a Ana. Página treinta y cinco, donde ayer. Ya sabéis que en la Edad Media casi nadie sabía leer y escribir, por eso hay tantos textos «audiovisuales». Aquí las palabras solamente describen o narran o reproducen un diálogo... Tomaaaás, con esta van dos, no te lo digo la tercera. Treinta y cinco, he dicho página treinta y cinco. ¿A qué estás esperando, Bea? El de Mudarra, la treinta y ciiiinco... ¿Estáis sorditos o qué? ¡TREIN-TA-Y-CIN-CO!

—¡Jo, profe, cómo se pasa...!

—Pues Mudarra era un adolescente, como vosotros. Comparado con su enemigo —que es este don Rodrigo que va a cazar, el del primer verso— era prácticamente un niño. ¿Laura, nos lees hasta el verso 6?... Atención: ¿Cómo lo llama el narrador? ¿Lo veis?: Mudarrillo... Jovencito jovencito. Y tenía siete hermanos. Siete hermanos nos suena, ¿no? Y él era el más pequeño, el que hacía ocho, peero... solo era medio hermano... porque su padre lo había tenido más tarde, estando cautivo...

—¿Qué es *cautivo*?

—¿Quién sabe lo que significa *cau...*? ¡Tomás! ¿A que ahora mismo te planto un cero?

Los ceros, aquellos utilísimos artículos de lujo, lejanos de ser la nada como su propio nombre indica. Precisamente su solo nombre indicaba mucho, y lo hacía un instrumento bien útil en la vida del profesor. Indicaba «bueno, ahora dejo de dar la lata un poco porque si no me complico la vida; se

está cabreando en serio». De pie frente al pelotón, el profesor añoraba el poder persuasivo del cero, o aquel mucho más terminante de «¿a que te echo de clase?» al que realmente recurría de uvas a peras... Añoraba cualquier procedimiento expedito con que reducir la clase a eso: a los términos de una clase compuesta de adolescentes. Añoraba aquel tiempo cuando un grupo de alumnos de catorce años sabía distinguir entre ser —o estar— revoltoso y comportarse como un idiota. Manolito Gafotas y su pandilla, que tienen solo ocho años, distinguen perfectamente el momento en que la paciencia de la *sita* ha llegado al punto de caramelo. «Somos pesados, pero no tontos», sentencia Manolito dando una muestra de sabiduría que efectivamente parece estar al alcance de un niño de ocho años. Pero que hoy día, en la enseñanza pública, queda fuera del alcance de los grupos de quinceañeros... Manolito y sus colegas son seres de ficción... Los alumnos reales, hoy día, son de otro modo.

El profesor, que en este caso es profesora, echaba de menos poder ser momentáneamente autoritario en beneficio de todos los presentes. Pero para el concepto de autoridad ya no había cabida en una clase donde los estudiantes no tenían noción de él: no que lo rechazaran deliberadamente sino que, desconociéndolo por completo, malamente podían interpretarlo. Así que al profesor únicamente le cabía tratar de no perder la dignidad y echar de menos sus antiguos instrumentos de trabajo. Ver cómo podía arreglárselas sin el cero (¡un cero, qué risa, ya tengo siete!), sin el temible «¿a que te echo de clase?», sin que al menos cada estudiante tuviera delante su propio libro, y un cuaderno donde trazar una viñeta de don Rodrigo durmiendo la siesta debajo de un árbol con Mudarrillo asomando..., don Rodrigo —no sabes la que

te espera— que se delata, y entonces Mudarrillo conque sí, conque eres Rodrigo de Lara, pues vas a ver quién soy yo: «¡Aquí morirás, traidor...!». Fin de la historieta.

Ya no es así, ahora tiene que arreglárselas con su propia soledad, con la soledad de sus pensamientos. ¿Y cuáles son los pensamientos del profesor? Pues, por ejemplo, el profesor medita con tristeza en que si el pelotón que tiene delante se comporta como se comporta no es porque todo él en bloque haya nacido tonto perdido, ni porque mancomunada y aviesamente haya decidido en algún momento amargarle a él la vida.

El profesor siente que ante él no tiene aquellos adolescentes que él tan bien conocía y conoce, esos que a veces actúan como niños y otras veces casi como adultos, personitas en ese estado intermedio y fluctuante en que aún eluden la responsabilidad siempre que pueden pero que si no pueden eludirla saben reconocerlo, y la aceptan. Esos que añoran la existencia de los Reyes Magos y quisieran prolongar la infancia engañada y tranquila que aún tienen tan reciente pero que a la vez sienten gran curiosidad por lo que pasa en el mundo de los mayores, y la necesidad imperiosa de acceder a él cuanto antes. Los adolescentes. Esos extraterrestres. Que quieren que les sigan llevando de la manita y al mismo tiempo pugnan por soltarse de ella en busca de una autonomía a veces razonable, temeraria las más de las veces...

El pelotón que ahora contempla —medita el profesor— se compone mayoritariamente de criaturas aniñadas e inconscientemente arrogantes, avisadísimas en ciertos aspectos de la vida pero absolutamente inmaduras para dejarse enseñar lo que les correspondería estar aprendiendo a los catorce años; exigiendo sin fin que les adulen, que les mimen, que les consientan: jamás que les enseñen. Y sobre todo —funda-

mental para lo que nos ocupa aquí— casi completamente *in albis* respecto a los conocimientos previos que para ello serían necesarios. Ni el profesor puede trabajar como debería, ni el pelotón puede beneficiarse de la gran ayuda que hace tiempo él estaba seguro de poder prestarle.

El profesor medita en estas cosas.

En momentos de desconcierto y tribulación ha pensado mal del pelotón que tiene delante, de otros pelotones análogos; pero acabó por avergonzarse. Que se comportan como idiotas sigue pensándolo muchas veces, para desconsuelo suyo (le consuela, y al mismo tiempo le desespera aún más, saber que una pequeña parte del propio pelotón comparte su dictamen y está igualmente desesperada) pero a estas alturas se da perfecta cuenta de que el estado de cosas que induce a actuar así a un grupo de estudiantes de esta edad, y a otro, y a otro... difícilmente puede haber sido proyectado por ellos mismos cuando eran niños, ni puede ser que en el año de su llegada al instituto de improviso se hayan vuelto unos inmaduros ignorantes, groseros, gandules y pretenciosos. Lo que ocurre no es esto, evidentemente, sino que desde pequeños han sido encaminados a comportarse ahora así, e inocentemente creen que este es el modo normal de comportarse a su edad ante un adulto que viene a darles clase.

El profesor es mayor. Y procura tener presente que está muy feo en los mayores echar la culpa a los niños.

Melancolía

Y pensar que va a sentir gran tristeza, cuando los pierda de vista. ¿Vivir en un mundo poblado sólo de adultos? Qué

perspectiva tan poco apetecible... En realidad, lo que al profesor que en este caso es profesora le hubiera gustado es haber seguido siendo estudiante hasta hoy: será por eso por lo que siempre se ha sentido tan a gusto entre estudiantes. El profesor piensa en sus compañeros recién jubilados, recién liberados de esta penosa, constante impotencia, del castigo de la diaria decepción. Piensa en ellos con afecto y con nostalgia, y siente que si ella les envidia en algo tampoco ellos dejan de envidiarla un poco. Les sabe encantados de su nueva situación, pero reconociendo que echan de menos enseñar, seguir enseñando; por eso hay tantos que a modo de *hobby* ahora enseñan... a quien se lo pide, a quien se deja, a quien lo agradece...

Cómo no echar de menos la enseñanza. Cómo no añorar lo que más que nuestra profesión ha sido nuestra vida, sabiendo como sabemos que en pocos sitios se está mejor que en una buena clase con gente que quiere aprender y un profesor que quiere enseñar. Quienes lo hemos disfrutado durante mucho tiempo sabemos qué lujo es ese. Y si los que están allí para aprender tienen alrededor de quince años, crea el lector que pocos trabajos habrá tan estimulantes en esta vida. Se pueden gastar energías a espuestas y no tener la sensación de que se está trabajando. Se puede pasar en grande, y así se lo ha pasado durante muchos años el profesor que hubiera querido seguir siendo estudiante para siempre, porque según es sabido ser estudiante y ser profesor viene a ser más o menos lo mismo. Pero para seguir siendo profesor ahora hace falta (no solo, pero primordialmente) una gran fortaleza física. Y es ley de vida que, aun quien la haya tenido, la pierda con la edad. A un profesor de la actual enseñanza pública no le hace falta llegar a la senectud para saber que *las mañas y ligereza /*

y la fuerza corporal de juventud / todo se torna graveza... y que ya su energía, en estos tiempos modernos, resulta insuficiente. En realidad, a él tampoco le falta mucho para ir a pasarlo bien en otra parte... Y sabe que ese otro pasarlo bien no será sin nostalgia.

Aunque —medita el profesor— también es una gran verdad que hace ya mucho tiempo que ni sus alumnos ni él están en una buena clase con gente que quiere aprender (sí con un profesor que quiere enseñar: al profesor nada le complacería más, una vez que está allí). Siente un presagio de melancolía, sí, pero disuelta en un mar de escepticismo. El profesor, no nos engañemos, lleva demasiado tiempo gastando a espuestas la energía que ya no tiene sin apenas recibir a cambio sensaciones gratificantes. Hace tiempo que el ir a clase tiene para él un significado bastante menos amable y menos noble que el que solía tener: se trata sólo de trabajar para vivir, para cobrar a fin de mes. Como prácticamente todo el mundo. Y tantísimos otros, en condiciones peores... Es verdad. Habría que tener muy estrecha experiencia del mundo y de la vida —habría que permitirse una visión adolescente— para quejarse de semejante cosa. Y sin embargo... él sabe bien que en su caso el trabajo solía ser, a la par, disfrute. Él escogió una profesión privilegiada, que le venía como anillo al dedo. Y sabe que hizo bien, y así lo experimentó durante mucho tiempo. En cambio ahora...

...Ahora hay que ir a trabajar como van tantas veces *los mayores*: sabiendo que es grande el esfuerzo que a uno le espera, y que va a resultar casi del todo inútil, que muchas veces, muchos días, de nada va a servir el llegar a casa exhausto. Se trata de hacer lo que es el deber de cualquiera, ir e intentarlo de todos modos, y guardarse con pudor la melancolía. Pues

sí, como es de razón. La vida es injusta a veces, a veces se hace ingrato cumplir con el deber. Así medita el profesor acordándose de sus ausentes compañeros y echándolos de menos, mientras sonríe para sus adentros evocando a la señora venida de Vallecas que, manifestándose contra la invasión de Irak, resoplaba apretujada y sudorosa abanicándose el sofoco, recibiendo empellones por todas partes, con los pies destrozados a pisotones y medio muerta de sed... pero aguantando el tirón. Ella no tenía delante a sus alumnos, sino que iba rodeada de sus iguales. Por eso meneaba la cabeza y recomponía el gesto, como el profesor trata de hacer ahora, expresando en voz bien alta lo que él en este momento sólo puede pensar entre sí: *¡Ahú, ehtamoh tó lo mal que queremos!*

Pero la melancolía del profesor no le viene solo de la conciencia de lo mal que está: de ahí vienen el disgusto, la desazón, muchas veces la rabia. Su inmensa melancolía proviene principalmente de una frustración que va más allá de lo personal. Es la melancolía de una época, tal vez una melancolía... literaria. El profesor enseña Lengua y Literatura españolas. Una lengua en la que seguirán hablando millones de personas y una literatura que dentro de muy poco ya no leerá prácticamente nadie.

Tiempos modernos

—¡Fiiiiir-bé! ¡Presenteeen líbr! ¡Presenteeen Cuadérn! —Ahora hay que entrar en el aula así.

Entrar como si tuvieras tres veces más energías que ellos (¡a veces uno piensa que es verdad, viendo cómo aman la inercia, cuántas horas pueden pasarse sin hacer *nada!*) para

que reaccione esa mitad que te recibe espachurrada encima de la mesa, la cabeza apoyada eternamente en la palma de la mano como si no se les sostuviera sola, y se calme la otra mitad que habla a gritos encaramada a las mesas de los otros, o se pelea en la parte de atrás, o saca más de medio cuerpo fuera de las ventanas y según llegas te propina un sobresalto que más vale tener el corazón fuertecito y los nervios bien templados.

Entrar jugando a tener aire marcial para afrontar con algún recurso el hecho de que al pelotón, por sí mismo, no se le va a ocurrir modificar en nada su conducta a causa de un acontecimiento por el cual no se sienten concernidos, que les resulta del todo insignificante: la llegada del profesor.

—¡Fiiir-bé!

Gracias a Dios, cierta ingenuidad conservan:

—¡Profe, eres una máquina!

Una máquina. Si supierais. Si supierais que estoy a punto de marearme, solo con entrar. Si supierais que esto que estoy haciendo me parece una ñoñería y una solemne memez (pero nos faltan meses aún, para que pueda explicaros un poco de lo que pienso). Que si yo no estuviera resignada a trataros como tontitos infantiles y mimados saludaría como antes con un «Buenos días» y una broma cualquiera, tranquilizaría a dos o tres, y en un par de minutos habríamos empezado a trabajar. Si supierais que aquí solo yo soy consciente de que eso ya no es posible, y de lo mucho que con ello perdéis.

Si supierais. Con qué antipatía empiezo por dar estas dos voces que tanta gracia os hacen para obligaros a que os enteréis de que estoy aquí. Pero más esfuerzo me costaría perder los primeros diez minutos en nada, en exasperarme y aburrirme, en gastar mi tiempo y el vuestro con mala con-

ciencia esperando a que os sentéis, a que dejéis de hablar, a que —solamente unos cuantos— saquéis cuadernos y libros, a que guardéis las lapiceras llenas de colorines que se caen todo el rato al suelo, a que dejéis de pasaros cosas, de enseñaros el iPod nuevo... Y entre tanto gritar, gritar, gritar, con la potencia de voz que ya no tengo, para no conseguir nada en absoluto. Si supierais que no me acostumbro a la idea de que podáis actuar de esta forma pueril todos los días de vuestra vida, todos los días que llego a clase, qué desazón me producen vuestras caras de cansancio, vuestros ojos faltos de sueño, vuestra falta de reparo en despanzurraros así en público... el que no sepáis ni sentaros siquiera, y el que ya se haga imposible haceros comprender que en una clase no se puede estar así, a los catorce años...

Prefiero sentirme ñoña, aguantar la repugnancia que me inspira el daros coba y dejar las reprimendas para mejor ocasión, condescender y abandonaros como si tal cosa a vuestra tontería infantil con tal de salvar lo poquito que se pueda, con que al menos no me os pongáis en contra; fingir que a mí también me hace mucha gracia entrar en clase con mi grito de guerra. Y a vosotros, por el momento, también os conviene más. A cambio de eso tal vez me escuchéis —tal vez— y os pongáis al trabajo unos cuantos minutos y podamos tener un poco de normalidad para los tres o cuatro que quieren aprender. Unos minutos de clase como la que tienen a diario tantos coetáneos vuestros de la enseñanza privada, esos con los que luego tendréis que competir...

—A ver, los que no tenéis el cuaderno: un negativo y a hacer los ejercicios —oh, perdón, las actividades— que hay en este papel. Seguramente os aburriréis, es una pena... Si tuvierais todos el libro y el cuaderno...

—¡Lo pasaríamos mejooooor!

—Eso es, insensatos.

—¡Insensaaaatos, incaaaaautos... Haced caso a vuestra anciana profesooooora!

—Pues sí... Venga, a ello. Vale, a ello. Venga. A ello. Vale...

Qué lástima que vaya a ser sobre todo por esto por lo que alguna vez, en un futuro instante de vuestras vidas, os acordaréis de mí. No porque en clase cantamos «Gerineldo» con la guitarra —*Gerineldo Gerineldo, / Gerineldito pulido, / quien estuviera esta noche / sólo dos horas contigo...*; ni porque fuimos de visita a los castillos a imaginar la Edad Media —*¿a qué hora, la mi señora, / me tendrá abierto el castillo? Entre las once y las doce, / cuando el rey se haya dormido...* (picardías que ya no casan con la vuestra)—, ni porque entre todos representamos *Fuenteovejuna* muertos de risa cada cual semidisfrazado según su personal inspiración; ni porque me imitabais entrando en clase con cuatro bufandas, varias carteras y una pila de libros inverosímil y maliciosamente inestable. Ni porque Garcilaso, y Bécquer, y Pablo Neruda os tocaron la fibra sensible a esta edad tan bonita que en realidad no estáis teniendo y que ya no tendréis... Ni caso vais a hacer, cuando dentro de poco lo leamos: *Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto...* ¿Qué fruto, qué dulce fruto estáis cogiendo ahora mismo, qué significa en vuestro caso la metáfora?

Así que era esto, la melancolía cervantina. Eso es lo que el profesor medita. Qué temprano ha llegado (como siempre). Sobrepasar los cincuenta, asistir a un cambio de época y ver que algunas cosas verdaderamente nobles del tiempo que uno ha vivido están llamadas a desaparecer, ver cómo van desapareciendo ante los propios ojos, para no volver más. Al

profesor que en este caso es profesora le viene a la mente el espléndido libro de un compañero suyo de profesión —entre nosotros siempre ha habido gente de más valer, que no por ello desdeña enseñar en secundaria— titulado *Cervantes y la melancolía*. Compañero de compañeros, nunca fue compañero suyo, pero estos días su libro le hace gran compañía, por si el *Quijote* en sí mismo le hiciera poca.

No volverá a haber una enseñanza pública como la que conocimos nosotros. Pues aceptémoslo.

Pero, ¿y estos que están aquí conmigo? Ellos no pasan de los cincuenta, no tienen un pasado risueño y estimulante incorporado a este presente junto con todo lo que dura desde entonces; ellos deben aún construir sus vidas, y están perdiéndose lo mejor sin siquiera saberlo, y malgastando la edad inmejorable para aprender y el privilegio de poder ser enseñados. Desperdiciando la primerísima juventud —*vuestra alegre primavera*— que no por eso parece ser más excitante ni más feliz ni más provechosa ni más llena de nada que la que vivió el profesor mismo, y tantas promociones de estudiantes que en su día pasaron por sus manos. Y esto ya no le corresponde aceptarlo al profesor.

Y aunque le correspondiera: no podría. Si estos fueran sus hijos bramaría de indignación. De una indignación que por momentos se alterna con la tristeza de ver tantos años juveniles echados a perder como van transcurriendo ante su vista sin que él nada, o casi nada, pueda hacer. Ahora mismo, por ejemplo, quedarse un rato mirando cómo juegan, y meditar. Aprender de la vaca *Cordera* a estar con los niños apaciblemente serena (nostalgia: el profesor que es profesora sabe mugir la mar de bien: en tiempos, esta solía ser una actuación de gran éxito, aparejada a la lectura de Clarín; ahora

no puede permitirse aquellos lujos...). Aprender, pues, de la vaca abuela a rumiar la soledad y la nostalgia por el tiempo pasado esperando a que llegue la jubilación.

Y por fin, dejarlos para siempre. Pero... ¿con quién van a estar mejor? Nadie es imprescindible, cierto. Y sin embargo, otras certezas tiene el profesor en mente cuando le toca rumiar. Certezas que son preguntas con respuestas evidentes. Pero vamos a ver, ¿quién sabe más sobre ellos?, ¿quién, en ninguna parte, se habrá preocupado más por los alumnos de la enseñanza pública en conjunto sino precisamente nosotros, *el profesor?*